«Los piratas del Golfo»



«Vicente Riva Palacio»

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

LOS PIRATAS DEL GOLFO

Vicente Riva Palacio



LIBROS DE VALOR

Clásicos de la literatura mexicana

PRIMERA PARTE

Brazo-de-acero.

Casi en el corazón de la rica y dilatada isla Española, flo-

recía á mediados del siglo XVII la pintoresca aldea de San

Juan de Goave, célebre entonces por la clase de habitantes que contenia.

La aldea de San Juan tenia el aspecto mas encantador, rodeada de jardines, de florestas y de prados, en los que se apacentaban a millares las vacas y los toros salvajes.

Sus habitantes eran en lo general ó cazadores ó desolladores de bestias, que comerciaban solo con los cueros y el

sebo de los animales, y presentaban la mas confusa mezcla

de negros, y blancos, y mulatos, y mestizos, y españoles, y franceses, ingleses, é indios; pero todos llevando la misma

irn \Q^

*

vida, todos tratándose con la igualdad de los hijos

de una

misma raza, todos trabajando con afán por hacerse de algunos puñados de dinero, que venían á perder entre la multi-

tud de mujeres prostituidas que allí habia, ó sobre la carpeta de una mesa de juego, ó entre los vapores del aguardiente.

colonos era una extraña mezcla de

La vida de aquellos

asiduidad en el trabajo y prodigalidad en los vicios, de religiosa honradez en sus contratos

y de relajación de cos-

tumbres en su vida, de franqueza y fraternidad con los desgraciados, y avidez y codicia en el juego.

Los vicios y las virtudes llevados á la exaltación. Los vicios y las virtudes viviendo en los mismos pechos, realizado el ensueño de la edad de oro en que las ovejas y los lobos

dormían bajo la misma sombra, el milano y la pa-

loma descansaban en la misma rama, el tigre y el toro bebían en el mismo arroyo.

Todo aquello era sin duda inexplicable para la civilización del siglo XIX, en que apenas el ciudadano pacífico duer-

me tranquilo, cuando está bajo el mismo techo que el gendarme.

En una especie de taberna que tenia por muestra un cuadro detestable, representando un toro pintado con humo y un

letrero

que

decia:

Al Toro Negro,

al derredor

mesa de madera blanca, y sobre la cual tarro con aguardiente

de una

se ostentaba un

y tres vasos, conversaban

negligen-

temente tres hombres, con los codos apoyados sobre la mesa, las gorras puestas, y

fumando todos tres grandes pipas

de madera toscamente labradas. Aquellos tres hombres tenían el pelo y

la barba

suma-

mente crecidos y espesos. Los tres parecían jóvenes, solo que dos eran rubios, te-

i

ilian el

aspecto de ingleses, con sus ojos claros y azules, y

el otro

con el pelo, la barba y los ojos negros, y su color

trigueño, parecía pertenecer á alguna de las razas meridionales.

Sus trages eran muy semejantes entre si, pero casi sería imposible describirlos: calzones de cuero ajustados á la pierna, polainas

de cuero también, fuertemente ceñidas, y una

especie de gabán también de cuero.

En la cintura una especie de talabarte, de donde pendía un largo y ancho cuchillo, y una gorra también de cuero. Este era el extraño atavío de aquellos personajes, que parecían tener una gran pereza, y que hablaban en medio

de una espesa nube de humo de tabaco.

— Brazo-de-acero

tiene razón

—

dijo uno de los ingleses

esta vida es triste y se gana poco.

—Poco —agregó

el

otro

inglés

— sobre todo

si

se atien-

de á que tenemos que tratar con esos diablos de gachupineSy

como él les llama, y que vienen á comerciar aqui desde el pueblo de Aso.

—Yo me muero de canada de

fastidio

— contestó lanzando una bo-

humo el que había sido llamado Brazo-de-acero,

que era el de la barba negra

— ¿Es por ventura tu

—

casi, casi,

tierra

extraño mi tierra.

mas bella que este país?

dijo un inglés.

— Sin duda, Ricardo — contestó Brazo-de-acero suspiran— México una de mejores de preguntó — ¿Entonces por qué — — ¡Ay! una — ¿Por pobreza? — Soy tan como un

do;

es

tierras

las

la dejaste?

es

historia.

allá

rico

la tierra.

el otro inglés.

príncipe.

Los dos ingleses se miraron entre si con aire de duda.

— ¿Entonces por amores?

LOS PIRATAS DEL GOLFO.

— Ya — —Ya —Oh!

os lo diré mas carde.

¿Hicisteis muerte de hombre español? os lo

contaré; entretanto, aqui me fastidio.

eso dices tú que tienes amor con la duquesa de Pi-

saiiores.

—Dejad de hablar de esa pobre

niña,

que mil mujeres

hay de quienes ocuparse en San Juan.

— Pero no tan —Ni tan

bellas.

interesantes; cien cazadores se

mueren de e)>

vidia al verte salir con ella camino á las Palmas Hermanas,

como que allí os pasareis

ratos deliciosos: ese bosquillo es

im paraíso.

—Nada pasa

allí

de lo que vosotros podéis pensar; came-

ro á Julia como si fuera mi hermana, y nada mas: conque

vamonos ya.

—No,

no, acabemos

esta

conversación; ¿nada tienes tú,

— —No — contestó Brazo-de-acero; — su padre

Antonio, con esa niña?

preguntó con seriedad Ricardo. era,

como

sabes, un francés amigo mió, que murió de la peste, y Julia

y su madre encuentran en mi un protector, y no mas: ¿pero por qué me preguntas eso?

—Lo pregunto — si

dijo

flemáticamente Ricardo

— porque

tienes amores con ella, será prudente advertirte que hay

un rival que va navegando en tus aguas

—

¿Y" quién se atrevería?

— preguntó Brazo-de-acero con

los ojos brillantes y encendido el rostro

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com